

con un tizon encendido en la mano, cuando, á causa del viento que soplaba con fuerza, una chispa, desprendiéndose, fué á incendiar el techo inmediato. Los amos de la negra, que ya dormian, despertaron á la luz de las llamas, y sobrecogidos de espanto, salieron dando voces y pidiendo socorro á los vecinos. El fuego, entretanto, se comunicaba de unos techos á otros, y ayudado del viento, corrió con tal prontitud, que en breve toda la Villa fué presa del incendio. Apénas pudieron salvar sus vidas los vecinos, perdiendo cuanto poseian.

El P. Garcés, que tranquilamente oraba en el templo, oyendo desde allí el ruido de las voces que se daban en el pueblo, salió al claustro del convento, quedando luego deslumbrado por el resplandor de las llamas que rápidamente se propagaban ya en el mismo convento. Cuidadoso de la suerte de los dos frailes que estaban bajo su vigilancia, penetró en medio del fuego para salvarlos, como en efecto lo consiguió. Vió que las llamas invadian el techo del templo, y corrió á salvar las especies sacramentales; mas al llegar á la puerta exterior de la iglesia, observó que con el apresuramiento habia dejado olvidadas las llaves: mandó que las llevasen dos indios que al acaso encontró; pero como éstos tardaban porque llenos de susto no habian osado entrar á la celda, que ya ardía, él mismo fué á tomarlas; regresó á prisa, abrió las puertas, y miéntras cruzaba el templo, dió á los dos indios las llaves de la puerta principal para que por allí se salvaran, saliendo á la calle, llegando él ileso al presbiterio. Antes de que los indios hubiesen podido estar fuera del alcance de las llamas, cayó de lo alto tal cantidad de paja y maderas encendidas que los oprimió, quedando en el acto muertos bajo los escombros.

El sacerdote abrió el sagrario, tomó en las manos la pequeña caja en que estaba depositado el Divino Sacramento; mas al volverse, se vió rodeado de llamas por todas partes, siéndole por lo mismo imposible la salida: se arrodilló en-

tónces en las gradas del altar, y murió abrazado con el Santo Sacramento. Cuando el incendio cesó, se le halló carbonizado, de rodillas aún y en una reverente actitud. El tabernáculo estaba reducido á cenizas, el copon fundido y las especies sacramentales habian desaparecido tambien. Alonso Garcés era mexicano de nacimiento, y habia recibido el hábito de Santo Domingo en el convento de San Pablo de Oaxaca.

7.—Los excesos de algunos españoles, que en la Sierra causaban tantas miserias en los indios, á los de NeJapan habian hecho apostatar de la fé cristiana, segun dejamos referido. Luis de San Miguel descubrió y persiguió estas nuevas idolatrías: otro tanto hizo Fr. Juan Ruiz, que en el ministerio de los indios sucedió al P. Guerrero. Tuvo ocasion de saber la reincidencia de sus feligreses por la denuncia de un anciano á quien habia convertido.

Cuatro leguas más allá de NeJapan, frente á un pueblo que se llama San Juan de la Jarcia, se eleva á considerable altura una montaña coronada por una peña tajada, inaccesible completamente por uno de sus costados: en este lugar tenian su adoratorio los indigenas. Allá se dirigió Fr. Juan, llevando consigo una fuerte soga, acompañado de los principales reincidentes, á quienes sin embargo nada habia revelado de sus designios. Cuando llegó á la parte superior de la peña, buscó un lugar á propósito para su intento. En un risco ató el extremo de la cuerda que habia llevado á prevencion, se ató él mismo con el otro extremo y puso la cuerda en manos de los apóstatas, para que desde el borde superior de la peña lo fuesen descolgando. Era la accion peligrosa y atrevida; pero el fraile no era cobarde y tenia voluntad de cumplir con su deber.

Los indios, comprendiendo que trataba de llegar á la inaccesible cueva en que tenian escondidos á sus ídolos, se resistieron al principio, mas al fin, vencidos por sus instan-

cias, lo suspendieron en el espacio y lo fueron bajando poco á poco, hasta que pudo asirse de algunas puntas salientes de la roca y desembarazarse de la cuerda, precisamente á la entrada de la cueva buscada. Se componia ésta de varias galerías que se internaban al corazon de la montaña, siguiendo distintas direcciones: las recorrió todas el fraile, observando que el suelo estaba limpio y barrido, los muros adornados con plumas de hermosos colores, y en los ángulos braseritos de los que usaban para quemar incienso. En el fondo de una de estas galerías encontró un altar sobre el cual se levantaba el ídolo, de piedra verde, de media vara de altura, de una forma extraña. Lo derribó de su pedestal, y arrojándolo por el suelo, lo holló.

De pie sobre su dios lo encontraron los indios, que por la misma cuerda habian ido bajando unos en pos de otros. Aterrorizados quedaron al ver el atrevimiento del fraile, ni podian comprender cómo no lo habia reducido á polvo su poderosa divinidad: tampoco tuvieron valor para manifestar su disgusto por el atentado inaudito: la osadía de Fr. Juan los habia dominado. Obedeciendo sus indicaciones, se trasladaron otra vez á la cima del peñasco, llevando consigo al ídolo: encendieron una hoguera, ahumaron en ella á su dios, y luego lo acabaron de destruir reduciéndolo á pequeños fragmentos.

Además, Fr. Juan obligó á los indios á que le descubriesen el sepulcro de un cacique venerado con culto supersticioso. En medio de una plazoleta ó pequeña mesa, en la cumbre de la misma montaña, embaldosada y perfectamente bruñida, se levantaba un mausoleo de bóveda de cantería, admirablemente construido. Removida la pesada losa que obstruia la entrada, el sacerdote vió en el centro del edificio, depositado el esqueleto del venerado cacique: en los ángulos habia otros esqueletos arrojados sin orden, con los restos aún de sus hermosos penachos de plumas. Eran éstos los amigos del cacique, los que vivos habian entrado

en la tumba para hacer juntos el viaje á la eternidad. Era el cacique sobrino del rey de Teozapotlan, primo del rey de Tehuantepec, jóven valiente y fuerte en las batallas, sepultado en aquella eminencia para que estuviese á la vista de los suyos y saliese á su defensa en cualquier peligro con los numerosos ejércitos que le suponian acaudillando en el otro mundo. Como, sin embargo, no pudo defenderse á sí mismo del valor del fraile, los indios se desengañaron y lo entregaron á las llamas. Fr. Juan murió en 1604.¹

En 1591 se desmembró Quiechapan de Nejapan, á que habia estado sujeto hasta entónces. Los indios de aquella parroquia habian acostumbrado esconderse para no recibir el bautismo, aunque frecuentaban el templo, se casaban segun los ritos cristianos y recibian algunos otros sacramentos para hacer creer al párroco que no eran idólatras. Fr. Alonso fué su primer vicario y quien los hizo entrar de buena fé en el seno del catolicismo.²

8.—Este religioso fué uno de los activos apóstoles de aquella época, distinguiéndose por su celo, así en Nejapan como en Tehuantepec, en que aún se veian rastros de la idolatría, no obstante la desgraciada suerte sufrida por su rey Cosijopii. Despues de la muerte de este príncipe, Santa María, que lo habia prendido, sabiendo que el pueblo frecuentaba, para continuar sus prácticas supersticiosas, la cueva de San Francisco del mar, quiso poner eficaz remedio. De noche, acompañado de pocos, arrostrando los peligros de la navegacion en aquella laguna siempre agitada, fué á la cueva, se apoderó del ídolo y de ricos presentes recientemente ofrecidos, y los empleó, por mandato del virey, en comprar ornamentos para el templo.³

¹ Burgoa, 2ª parte, cap. 65.

² Idem idem, cap. 66.

³ Idem idem, cap. 75.

Poco despues, Alonso de Espinosa sorprendió á los indios practicando la ceremonia supersticiosa de ofrecer tamales á los difuntos. Les dijo que los cuerpos muertos, ya resueltos en polvo en la sepultura, no podian necesitar de alimentos como los de los vivos; ni ménos las almas, espirituales por naturaleza, y que ya en la eternidad habrian recibido del Juez supremo la recompensa de sus acciones. Contestó el más avisado de los tehuantepeques: "que estaban persuadidos que los difuntos no comian los manjares ofrecidos, sino que sutilmente extraian de ellos la virtud y sustancia, quedando lo demás inútil y sin provecho; y que los españoles creian otro tanto, pues sobre los sepulcros de los suyos ponian pan, vino, corderos y otras ofrendas." El sacerdote explicó, que las almas de los que habian muerto justificadas en verdad, pero sin haber satisfecho plenamente la pena debida por sus culpas, necesitaban de ser socorridas por los vivos, mas no con alimentos sino con oraciones y sacrificios dirigidos al verdadero Dios y no á ídolos insensibles; y que si los cristianos ponian en los sepulcros vino y pan, no era esto alimento de los muertos, sino dádivas y oblaciones á los sacerdotes, con ocasion de las peticiones que hacian por la eterna ventura de los difuntos. Como los españoles acostumbraban dar broma á los niños el dia de finados, haciéndoles creer que los muertos llegaban por la noche á tomar los frutos que ellos pusiesen en la cabecera de su cama, teniendo tal uso alguna afinidad con las antiguas creencias de los indios, se habian afirmado en ellas continuando sus prácticas supersticiosas. ¹

9.—En 1599 las lluvias fueron muy abundantes. El rio de Tehuantepec creció extraordinariamente, derramándose por ambas márgenes é inundando en las avenidas los terrenos bajos: al desembocar, á tres leguas de la villa, en-

¹ Burgoa, 2ª parte, cap. 74.

contrando plena mar, tan alta que las olas parecian chocar con las nubes, la corriente volvió atrás, empujada por las olas mismas que bañaban gran extension de la playa: la villa de Tehuantepec, en consecuencia, se vió repentinamente inundada. El choque de las aguas que seguian su ordinaria corriente, con las que retrocedian, produjo el mayor estrago en los edificios: las puertas se abrieron con violencia, y un gran golpe de agua penetró en los patios, los salones, los almacenes, las bodegas, etc. Algunas paredes se desplomaron, y aun edificios enteros quedaron arrasados. Las sedas, paños de lana, cajas y demás efectos de los mercaderes; las sillas y mesas de las hospederías, las puertas y vigas de los techos caidos, flotaban sobre las aguas mezcladas con cadáveres de corderos, bueyes, caballos y hombres: parecia todo una tosca y grosera poblacion de bienes mostrencos. Los vecinos que pudieron salvarse, con el agua á la cintura, se refugiaron en el templo. Este edificio está situado á media legua del rio y en una colina de veinte varas sobre el nivel del mismo rio; sin embargo, las aguas llegaron á besar las gradas del patio ó cementerio. Se salvaron allí más de dos mil personas, á quienes los frailes tuvieron que proveer de alimentos y cuanto necesitaban en la ruina comun.

10.—Entretanto que tenian lugar en Tehuantepec tales desgracias, los dominicos perfeccionaban entre los chontales la obra que sus antepasados habian comenzado. Disueltas las congregaciones que habia hecho el P. Carranza, inútilmente habian procurado reducir de nuevo á estos indios, Grijelmo y Portocarrero. Fué Fr. Mateo Daroca quien los organizó como se encuentran en la actualidad. Era este religioso, español, de color cetrino, alto, delgado, amante del retiro y de la soledad, poco tratable y escaso en extremo de palabras. Desde 1595 en que vino de la península, permaneció en la ciudad como vicario de las monjas de

Santa Catalina, hasta 1597, en que las dificultades de evangelizar á los chontales, de que los demás frailes se quejaban, como á Carranza en otro tiempo, á él tambien estimularon á encaminarse hácia estos indios, resuelto á reducirlos ó perecer en la demanda. Su carácter, tan parecido al de los chontales, fué para éstos un motivo de estimacion. Las penalidades y constancia en sufrirlas, fueron muy semejantes á las de Fr. Diego de Carranza, y los resultados mejores, por estar el terreno desmontado. Quince años perseveró doctrinándolos, dejándolos tan cambiados al fin de este tiempo, que llegaban á tocar el extremo contrario. Enriquecidos con el cultivo de la grana á que se dedicaron, tuvieron medios con que proporcionarse un bienestar y hasta un lujo que se hacia notable en Oaxaca: cabalgaban en buenas mulas, vestian costosas telas de seda y cuidaban con exceso de sus propias personas. Daroca regresó á España en 1612, y murió allá. Los chontales estuvieron sujetos á Tequisistlan, hasta 1612 en que por orden del virey se formó parroquia distinta, siendo la cabecera entonces Tepacaltepec: ahora lo es Mecaltepec.

Tequisistlan fué por veintidos años, y desde 1590, la cabecera de todos los chontales. Era entonces encomendero del pueblo Diego de Alavez, hijo de Melchor Alavez, de los primeros conquistadores, y de Doña Luisa Salas y Grijalva, hija de Juan Rodriguez de Salas, tambien de los primeros conquistadores. Doña Luisa fué abuela de Burgoa, cuyas obras hemos utilizado en esta historia, y de Luis Alavez, mártir de los chichimecas, de quien más adelante debemos ocuparnos. A la beneficencia del encomendero Diego de Alavez se debe el templo de ese pueblo, y á su diligencia el que los indios se hubiesen convertido al cristianismo.

No todos los encomenderos se conducian con igual liberalidad, ni eran tan celosos del bien de los indios; ántes bien, los más andaban agriados con los dominicos por la

proteccion que éstos les dispensaban, ni cesando de escribir á la península y de dar informes siniestros al rey de su modo de proceder. Movidó por ellos, la autoridad despachó algunas cédulas, ordenando que las doctrinas se fuesen quitando á los frailes y confiriéndose á los clérigos. Una de éstas dió motivo á los indios de Huitzo para desarrollar su inclinacion á los litigios, que al fin les fué funesta.

Por 1554, el Sr. Zárate obtuvo del virey que la doctrina de estos indios se encomendase á los dominicos. Las autoridades del pueblo dieron gracias al rey por esto que juzgaban insigne beneficio, dirigiéndole una carta escrita en estilo singular. Los primeros frailes que administraron allí, fueron Juan de Espina y Angel Rosas, napolitano este último, los cuales están sepultados en el templo del mismo pueblo. Por 1583, teniendo noticia de que iban á ser removidos los dominicos y sustituidos con clérigos, se reunieron en las casas reales el domingo 18 de Diciembre, y escribieron una exposicion pidiendo que nada se innovara entre ellos.¹ El buen éxito de estas y otras pe-

¹ La exposicion está escrita en zapoteco y la trae Levanto en sus MS. fol. 65: es como sigue: "Annaa Chii Domingo 18 Cobiicha peyo Diciembre 1583 años. Annaa cotopa quiraa Gueche, Cooquiilá, Xuanalá, Quixiagalá, Colaabalá, mariini lao pecoogo Audiencia Gueche Guijzoo lao tonoo Gobernador, Alcaldes, Regidores raca quelahuexia, necaabi quitoobi nalij lachini: racalachini cuee Bixooce frailes Santo Domingo: nijastinni piennitijagatonoo nobita xiticha xii Coogijroo tonoo Rey, quinije Bixooce frailes Santo Domingo: quita Bixooce Colaa quehui cueeni lachi tonoo: Laaquelacanj pexija tonoo, acá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya quehui lachitonoo: Xilaci racalachi quiraalij tonoo cuee Bixooce Santo Domingo lachitonoo. Alaarij niticha ricaabi toobi toobi Gueche quiraa, Cooquiilá, Xoanalá, Quixijagalá, Colaachalá.

Naa D. Pablo Maldonado Gobernador, chela D. Simon de Leon, Juan de Sosa Alcaldes, chela D. Pedro de Roxas y Gabriel de Avendaño, Thomas Perez y Pedro Macias Regidores, quiraa tonoo acá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue Clerigo: xillaaci racalachitonoo cueeche celij Bixooce frai Santo Domingo: nijastinni nachoono tete na-

cciones y demandas que hicieron en los tribunales, los estimularon á consagrarse al estudio privado de las leyes: frecuentaron despues los juzgados, sostuvieron con ingenio y tenacidad varios litigios, y siempre salieron vencedores. Por 1630, un tal Cristóbal de la Cueva, cacique de Huitzo, llegó á ser una notabilidad en el conocimiento de los derechos, hablando de ellos como si hubiese estudiado en las universidades, y despachando consultas que le hacian de muy léjos. Este cacique fué muy honrado: el amor á los suyos le obligó al estudio de la Curia Filípica, Palomares y otros libros de aquel tiempo, logrando hacerse temer, por sus letras y talentos, de los alcaldes mayores y justicias españolas. Un regidor de la ciudad, que fué nombrado corregidor de Huitzo, prevenido por lo que se decia de las inquietudes del pueblo, determinó tratarlo con rigor, y co-

zaaca tete libaana rococeteni tonoo, chela celij nazooba cehe narijeche Bixooce lao lachi tonoo, rorobanica Bixooce pinni, chela rocoxoobaxtolla Bixooce benni Gueche: yaca xij nixij toobi Bixooce xi quichaaben-ni Gueche, chela celij ciaani liaazi nicana Bixooce quiraa Guecha estancia: nijaxtinni roxoobaxtolla benni Guijcha.

Naa D. Gabriel de San Pedro, chela Juan Gallego, Queche San Andres, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: xillaace racalachitonoo cuee Bixooce frai Santo Domingo roarij cavecera huijzoo.

Naa Domingo Hernandez Quixijaga, chela Domingo de la Cueva Gueche S. Francisco, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: xillaaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo.

Naa Juan Martin Quixijaga, chela Melchior Lopez, Gueche Santiago, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: xillaaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo.

Naa Domingo Hernandez, chela Quixijaga Thomas de Chavez Quehue Santo Domingo, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: xillaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo.

Naa Juan de Tapia chelanee Pedro Lopez y Alonso de Tapia Gueche San Juan, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: xillaaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo.

menzó su gobierno repartiendo bastonazos: no fué necesario más para que lo acusaran ante el virey, siendo á los dos meses destituido de su empleo y multado. A los clérigos tambien, ó frailes que les administraban, les obsequiaron un molino de trigo, que se cultivó con buenos resultados, desde la conquista, en las cercanías; y á los ochenta años de haberles hecho la donacion, les ganaron otra vez el molino en un litigio. Estas y otras victorias semejantes los envalentonaron con extremo, y como todo declina con el trascurso del tiempo, de avisados é instruidos se tornaron disolutos y malvados, promoviendo pleitos y fomentando discordias que á ellos mismos los empobrecian. Reflexionando al fin que estos males acontecian por causa de sus

Naa Domingo de Chavez mayordomos, chela Baltassar Centeno Quixijaga Gueche Santa Maria Magdalena, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue: nijaxtinni coree Bixooce Colaaya Quehue collehichij iza, acá goca chahui Que la Christianos xtennitonoo chicana laci nazine goca annad laci racalachitonoo cue frailes Santo Domingo.

Naa Joseph Lopez Queche San Phelippe, yacá racalachia cuee Bixooce Colaaya Quehue lao lachinoo roarij huijzoo, xilbaaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo: nijaxtinni nachoono tete Bixooce naca Santo Domingo.

Naa Joseph Lopez, chelanee Juan Hernandez Gueche Santo Thomas, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue loa lachinoo, nijaxtinni yacá riennitonoo ticha cohuichi, ni rinnijni, xillaaci goca peyana lijtonoo Bixooce frailes Santo Domingo: nijaxtinni rococeteni nalij libaana quiraa benni gueche: laagnelacanj rezaacatete lachitonoo zabeecijaca Bixooce frailes Santo Domingo.

Naa Thomas Hernandez Queche San Lorenzo, yacá racalachitonoo cuee Bixooce Colaaya Quehue, xillaaci racalachitonoo cuee Bixooce frailes Santo Domingo: nijaxtinni qutoobillij lachi Bixooce racanee Bixooce animas xtenni quiraatonoo.

D. Pablo Maldonado, Gobernador.—Juan de Sosa, Alcalde.—D. Pedro de Roxas.—Pedro Macias.—Gabriel Avendaño.—Thomas Perez.—Juan Martin.—Pedro Garcia.—Joseph Lopez.—Pedro Enriquez.—Miguel Avendaño.

caciques, pidieron al rey quedar libres de su autoridad, como lo consiguieron, nombrando por eleccion á los que los hubiesen de gobernar. Los huitzos forman once pueblos: antiguamente eran numerosos; por fines del siglo XVII quedaban reducidos á seiscientos vecinos. Los templos eran de paja, excepto dos, de los cuales el de la cabecera tenia excelentes pinturas de Arrué.



CAPITULO IV

LA DESTRUCCION DE LOS INDIOS.

1. Pestes.—2. Minas de Santa Catalina.—3. Consecuencias de aquel descubrimiento.—4. Repartimientos.—5. Idolatrías entre los chochos.—6. Trabajos superiores á las fuerzas.—7. Indolencia del indio.—8. Congregaciones.—9. Reclamos de los curas.—10. Especiales circunstancias de algunos pueblos.

I.—Hemos notado en algunos capítulos precedentes el desventajoso cambio que desde la conquista iba sufriendo el censo de la poblacion: conviene ahora señalar las causas, pues el aumento considerable de las defunciones entre los indios, no solo se debió al tratamiento inhumano de los encomenderos, como podria entenderse de lo que dejamos referido.

La conquista derramó poca sangre en el territorio de Oaxaca, pues los unos de los pueblos se dieron sin resistencia á los invasores, y los otros fueron rendidos por la palabra de los misioneros. Grupos aislados de guerreros se opusieron al paso de los conquistadores, grupos que se disolvian tan pronto como los desarmaba la orden de sus soberanos, los reyes de Tilantongo y de Zachila, resueltos ambos á someterse á las determinaciones de lo alto. En las guerras que se promovieron, por una parte, como en la Sierra, los españoles fueron constantemente los vencidos, y por